

# La decisión de Magda

Fatuma y su hermanita Safi, durante la entrevista en Kongolo el pasado mes de marzo



BRU ROVIRA

**Las tres huérfanas de Kongolo (Congo) han sido amadrinadas por Magda, una mujer de Terrassa que leyó la dramática historia de las niñas en "La Vanguardia"**

Texto **Bru Rovira**

**F**atuma y sus hermanas, Jeanne y Safi, empezarán la escuela el próximo mes de septiembre. A pesar de tener doce, siete y cuatro años, respectivamente, es la primera vez que las tres huérfanas de Kongolo, como se las conocía en el hospital de esta ciudad congoleña, serán escolarizadas. Cuando las conocí el pasado marzo y escribí su historia en "La Vanguardia" nada hacía pensar que las vidas de estas niñas pudieran mejorar, todo indicaba que su suerte iba a ser como la de tantos otros niños congoleños a los que la guerra ha desplazado de sus hogares y sobreviven como pueden al hambre y a la violencia.

El caso de Fatuma y sus hermanas es especialmente dramático: nacidas en la región de Lengue, su pueblo fue atacado por milicias hutu ruandesas y soldados "mai mai", que se disputan con las fuerzas del Gobierno de Goma —proruandés— el control de las codiciadas minas de oro de la región.

Durante estos ataques, decenas de miles de personas abandonaron sus casas y se refugiaron en los bosques. Un grupo de soldados guiado por los pigmeos —en estas guerras los pigmeos son obligados a conducir a los soldados dentro del bosque— llegó a casa de Fatuma, y allí mismo, delante de toda la familia, atravesaron a su padre con una lanza. La madre, que estaba embarazada, pudo huir con las niñas y Mafume, un hermano de diez años, para sumarse a los grupos que se internaban en la selva. Pero el esfuerzo de la carrera hizo que se le adelantara el parto y tuviera que pararse para dar a luz. Fatuma trató de ayudar a su madre, aunque nada pudo hacer: la mamá murió durante el parto y también murió el bebé. De la familia ya sólo quedaban los niños, y a Fatuma, la mayor, le tocó ocuparse del resto de sus hermanos.

Para orientarse durante la huida seguían a otros grupos. Dormían al aire libre y comían plantas, raíces y lo poco que les daban los demás. Cuando al cabo de unas semanas consiguieron alcanzar la ciudad de Kongolo, Mafume, el hermano varón, estaba tan débil que murió antes de poder subir al camión que los transportó al hospital. Safi, la pequeña, era la que estaba en peor estado. La ingresaron en la sala de intensivos, donde compartía cama con un niño asmático. Los llamaban "el atractivo y el simpático", creyendo que la pequeña también era un varón.

#### Una compleja búsqueda

Todos los niños que llegaban al hospital tenían sarna y dos veces a la semana los sacaban al patio, los desnudaban, hervían en agua la ropa vieja, los enjabonaban y les daban ropa nueva. El día que lavaron a Safi, Mercè, la enfermera de MSF, descubrió que era una niña. Luego, descubrieron que sus hermanas estaban solas y no había ningún adulto que se ocupara de ellas hasta que Christine, una mujer que ayudaba en el hospital, decidió acogerlas.

El día que se publicó esta historia, Magda Aguilera había ido a trabajar como todas las mañanas a su despacho de secretaria en una empresa de Terrassa. Tras leer el diario decidió que quería hacer algo por aquellas niñas y me llamó por teléfono. Al parecer, no le hice demasiado caso, así que continuó investigando por su cuenta y, después de un mes y diez días y decenas de cartas y correos electrónicos consiguió encontrarlas gracias a los misioneros Espiritanos, que tienen una parroquia en Kongolo.

Magda, que al principio no sabía muy bien qué podía hacer por las niñas y estudiaba incluso la posibilidad de sacarlas del país y adoptarlas, ha decidido, de momento, ama-

drinarlas desde Terrassa, ocuparse de su educación y sus necesidades básicas y apoyar a la familia de Christine y su marido, con quienes viven actualmente las niñas.

Hace unos días, recibí la primera carta explicándole cómo iban las cosas por Kongolo. "Teníamos una casa —explica Christine— de cinco habitaciones y otra de tres, pero ambas fueron destruidas durante el bombardeo del 21 de enero de 1999. El año pasado, construimos una nueva casa de tres metros por 11. Mi marido no tiene trabajo desde 1997, antes de la guerra... yo trabajo como auxiliar nutricional para la ONG francesa Solidarités..." En la nueva casa, además de Christine y su marido, Luhembwe, vive también su hijo Kalunga, de 20 años. Al parecer, los seis se las arreglan bien de momento para dormir entre la habitación y la sala, donde también hay una pequeña cocina.

Gracias al dinero que ha mandado Magda, Christine ha podido comprar ropa para las niñas y han mejorado la alimentación de la familia. El marido de Magda, Pep, quiere ahora comprar un terreno para que se construyan una nueva ca-

**Magda ha decidido, de momento, amadrinar a Fatuma, Jeanne y Safi y ocuparse de su educación y sus necesidades básicas**

**"Me siento comprometida totalmente con estas niñas y he decidido hacerme cargo de ellas para siempre"**

sa, y Magda espera viajar a Kongolo lo más pronto que pueda para conocer cuál es exactamente la situación de las niñas y poder valorar si merece la pena traerlas a Terrassa o es mejor no sacarlas de su ambiente y ayudarlas desde aquí. En todo caso, dice Magda, "me siento comprometida totalmente con estas niñas y he decidido que me ocuparé de ellas para siempre".

—¿Por qué lo haces? —le he preguntado.

—No lo sabría explicar. Leí el artículo y me llegó. Y decidí actuar.

—¿Por qué estas niñas?

—También me lo pregunto yo... ¿por qué éstas si hay tantos casos? No lo sé: ocurrió y decidí escuchar mis sentimientos.

Magda tiene 39 años y una niña de uno. Su situación económica es la de una persona normal de clase media que "se gana la vida trabajando". Casi nada sabía de Congo hasta que se interesó por las niñas de Kongolo y empezó a leer en Internet todo lo que encontró. Ahora sabe, entre otras cosas, que allí donde nacieron estas niñas, la guerra por las riquezas naturales ha sembrado el hambre, la muerte y la pobreza. Y que uno de los materiales más codiciados, el coltán, viaja hacia nuestros países para ser utilizado en la telefonía móvil, aunque allí no deja ningún beneficio.

Gracias a la correspondencia con los misioneros de Kongolo, Magda ha sabido también que en las escuelas donde irán sus hijas apadrinadas ni siquiera tienen libros escolares. El padre Sooi le ha sugerido que, quizás, desde aquí les podríamos ayudar a comprar libros y libretas para la escuela. Si algún lector quiere realizar una aportación para estos misioneros puede hacerlo en la cuenta "IBAN BE41 2300 0740 0110 n.º swift (bic): Gebabebb. Sur le compte 48604 Kongolo. Père Soii. Livres Scolaires".



## CARRETERAS SECUNDARIAS

BRU ROVIRA

Una serie de fotos llegadas a través de internet me han devuelto a la pequeña ciudad de Kongolo, en la región de Katanga, al sudoeste de la República Democrática de Congo.

Las primeras fotos me las manda Magda, la mujer de Terrassa que se ocupa de la educación de Fatuma y sus hermanas, Jeanne y Safi, cuya historia quizás el lector recordará: supervivientes de los combates que asolaron la región de Lengue, encontré a estas niñas a principios del año 2003 en un hospital de campaña de Kongolo, donde otros miles de supervivientes se habían refugiado después de pasar varios meses escondidos en los bosques.

La historia de Fatuma y sus hermanas se parece a la historia de todos ellos: Lengue es una región rica en diamantes donde distintos ejércitos salidos de la guerra civil congoleña y del genocidio ruandés –guerrilleros *mai mai*, milicianos hutus *interahamwe*, soldados pro ruandeses, soldados pro Kinshasa– combaten por el control del territorio; su táctica es el terror sobre los civiles y su salario el saqueo de las poblaciones, a las que roban todo lo que tienen, ollas y bicicletas incluidas. Las mujeres y las niñas son especialmente vulnerables a esta violencia, pues, cuando son atrapadas, se convierten en uno de los trofeos de guerra y las violaciones y malos tratos se multiplican sin compasión.

Los comerciantes asentados en los países vecinos o en ciudades como Goma, que se mantienen al amparo de los combates, alimentan estos conflictos y explotan las riquezas que les proporcionan los soldados, muchos de ellos niños que trabajan bajo el mando de los *señores de la guerra* que un día les secuestraron y enseñaron a matar en esta nueva suerte de guerrero de la posguerra fría, que no conoce la ideología y ha convertido la guerra en un *modus vivendi*.

Cuando la aldea de Fatuma fue asaltada, ella y su familia huyeron hacia el interior de la selva, pero un grupo de soldados *mai mai* que llevaban como guías a los pigmeos se interpusieron en su camino (los pigmeos son obligados a hacer este trabajo bajo la amenaza de utilizar a sus mujeres como esclavas sexuales) y mataron al padre de las niñas con una lanza.

### Sobrevivir en la selva

La madre y el resto de la familia consiguieron internarse en el bosque. La madre estaba embarazada. El parto se le

**Kongolo, días para la esperanza.** Unas fotos de Fatuma y sus hermanas llegadas desde la República Democrática de Congo nos recuerdan la guerra y cómo a veces hay motivo para la esperanza. La foto sobre la reapertura del mítico tren de Katanga evoca, en un segundo capítulo, el recuerdo de cuando en la ciudad de Kongolo lo que quedaba de aquel tren funcionaba con un motor de camión

## Safi vestida de fiesta

adelantó. Recostada en el suelo, la mujer quiso dar a luz, pero ella y el bebé murieron. Fatuma se quedó entonces sola con sus hermanos. Comían raíces, insectos. Bebían de los arroyos. Mafame, el único niño varón, murió de hambre. Tenía diez años.

Cuando me encontré con Fatuma, Jeanne y Safi, pensé que jamás conseguirían *normalizar* su vida. Que ni su propia experiencia traumática, vivida en una edad tan temprana, ni el país en el que les había tocado nacer les permi-

que pronto era acallado por una madre o una hermana que le calmaba acunándole entre sus brazos.

### La 'acción buena'

Nunca pensé, decía, que Fatuma y sus hermanas saldrían de todo aquello, pero ahora, las fotos que ha mandado Magda demuestran que me equivocaba y que a veces la acción humana –la “acción buena”, como dice Vicente Ferrer en una frase tan sencilla y hermosa que debería hacer sonrojar a los purpura-

## Las hermanas de Kongolo, en Congo, sobreviven a sus heridas

tirían sobreponerse a la fatalidad en la que habitaban.

Hay una imagen de aquellos días –la de la masa desnutrida y enferma hacinada en el hospital, miles de personas tumbadas en esterillas– que no puede olvidarse: siguiendo el movimiento del sol, toda aquella gente se desplazaba sobre la tierra polvorienta buscando la protección de los techos de uralita y la de los escasos árboles que marcaban con su sombra el paso de las horas; y aquel movimiento iba siempre acompañado de un murmullo, un lamento espeso sobre el cual sobresalía a veces el grito de una mujer que acababa de perder a un hijo o el llanto agudo de un niño

dos españoles– es capaz de afrontar retos que parecen imposibles. Las niñas de Kongolo llevan dos años escolarizadas –ha sido la primera vez que pisaban una escuela– y tienen una familia de acogida que las quiere y las cuida.

Safi, la pequeña, que durante un año apenas hablaba y hacía temer sobre algún trastorno de personalidad grave, ha empezado a hablar “*pels descosits*”, como dice Magda, su madre española de adopción. Safi, que ahora prefiere llamarse Malena –el nombre de la hija biológica de Magda– también ha superado una tuberculosis gracias al tratamiento mandado desde España por el precio de ¡seis euros! (esto es lo que le

cuesta en España a un particular que se trate por la seguridad social una enfermedad que en Congo suele ser mortal). Jeanne, la mediana de las niñas, crece alegre, y Fatuma, la mayor, está entrando en la adolescencia y empieza a manifestar todos los conflictos típicos de la edad del pavo.

En la foto tomada en Kongolo vemos a las niñas vestidas de blanco, con un hermoso gorro también blanco y unas estupendas zapatillas deportivas de colores (ellas que siempre iban descalzas). Christine, la madre de adopción, y el padre, Sooi, las acompañan. La foto es del día que bautizaron a Safi, que, en la otra foto tomada por mí en el año 2003, mira a la cámara asustada, mientras su hermana Fatuma, avergonzada y traumatizada por la historia que le tocó vivir, es incapaz de encontrarse con la mirada del periodista.

Junto con estas fotos de la vida diaria de Fatuma y sus hermanas han llegado también una serie de imágenes de la escuela de Kongolo en la que estudian las pequeñas, y que, gracias también a Magda y a sus amigos de Terrassa, ha recibido libros y material escolar para todos los niños y los profesores. También parecía imposible que todos aquellos chavales fuesen algún día a la escuela, pero así es: en total, 250 niños y diez profesores.

Kongolo, pues, se está recuperando de sus heridas, y por lo que parece sus habitantes empiezan a salir del aislamiento al que se les había condenado durante años. Cuando yo llegué a esta ciudad situada a la orilla del río Congo y junto a la antigua línea férrea del famoso tren de Katanga, la ciudad estaba al mando del comandante Shuma, un joven soldado *mai mai* que gobernaba con mano de hierro. Recuerdo como todos los recién llegados tenían que acudir a su casa para presentarle sus respetos, y el comandante, que no se separaba jamás de la pistola que llevaba ceñida en el cinturón, hacía entonces una demostración de poder enseñando sus numerosos aparatos de DVD, las películas americanas que tenía y cómo todo ello era capaz de funcionar en una ciudad sin electricidad gracias a su propio equipo eléctrico.

Shuma tenía también un pequeño tren que funcionaba con el motor de un camión, pero esta historia tiene que ver con las otras fotos que recibí por internet sobre la reapertura de la línea del mítico tren de Katanga, que reservo para la siguiente crónica.●

Próximo capítulo: el mítico tren de Katanga reabre la línea después de seis años parado por la guerra



Las hermanas, vestidas para un bautizo. A la derecha, Fatuma y Safi durante la guerra

BRU ROVIRA